



CAPÍTULO 2
- UN AVENTURERO EN ÁFRICA -



ÍNDICE

UN AVENTURERO EN ÁFRICA	3
- Ciudad del Cabo	3
- En busca del ron	3
- Un reputado aventurero	4
- Mi primer encargo	5
- Amanda	5
- El capitán Cookster	5
- Rebajas en el bazar	6
- ¿De dónde saco yo un sello?	6
- Hurgando en la trastienda	7
- El bote salvavidas	8
- El comité de empresa	8





UN AVENTURERO EN ÁFRICA

- Ciudad del Cabo

¡Por fin llegamos a Ciudad del Cabo! Tras echar el ancla, bajé de mi goleta dispuesto a encontrar al agente secreto y poner rumbo a la isla misteriosa. Como de costumbre, los elementos no me eran favorables, pues noté cierto desagrado entre los miembros de mi tripulación. Como soy un tipo de talante diplomático, decidí hablar con ellos para averiguar el motivo de su malestar.



¿Os podéis creer que los muy gandules querían cobrar, tomarse unos días libres y pillarse una buena chuza, todo ello a mi costa? Tras duras negociaciones, accedí a darles un día libre y proporcionarles una botella de ron con la que ahogar las penas. Había una tienda cerca del muelle, así que fui para allá con la intención de encontrar el licor.

- En busca del ron



En el singular bazar africano, me quedé hipnotizado estudiando los múltiples objetos expuestos. Tras comprobar que no parecía venderse ninguna clase de alcohol, decidí satisfacer mi innata curiosidad tirando de la cortina verde del probador de la tienda. ¡Y menuda sorpresa me llevó!



Una imponente muchacha de cabellos dorados se hallaba, en ese preciso instante, probándose un sujetador negro. Debo reconocer que semejante visión se agradece cuando uno lleva días navegando con la sola compañía de sus poco agraciados marineros. Pero aquel encuentro tan prometedor se vio interrumpido por la aparición de un explorador empeñado en salvar a la damisela de mis garras. Iluso...



- Un reputado aventurero

Tras un interesante intercambio de impresiones con la muchacha, decidí que ya estaba bien de abrir y cerrar cortinas. Como el explorador rescata-princesas seguía nuestra conversación de cerca, me dirigí hacia él para averiguar quién era y qué quería. El tipo decía ser un reputado aventurero, pero tal afirmación no puede hacerse a la ligera. Le pedí pruebas fehacientes de su fama y fortuna, y así fue como logré que el muy membrillo me regalase una **botella de ron**.



Con el licor en la mano, corrí de vuelta al barco para complacer a mi fiel tripulación. Huelga decir que, en cuanto les hice entrega de la ansiada botella, salieron disparados a quemar la ciudad. Eso sí, tengo que reconocer que su ausencia me vino muy bien, pues aproveché la ocasión para abrir el **compartimento secreto** de mi barco (con tan mala fortuna que rompí la **tabla de madera podrida** tras la que ocultaba mi pequeña fortuna de **30 chelines**).



- Mi primer encargo

Con el dinero en el bolsillo, me acerqué a un sospechoso individuo ataviado con ropas mexicanas. Algo me decía que aquel tipo singular era precisamente el agente al que yo buscaba. Tras una conversación absurda, conseguí que el señorito me revelara algo de información. Y, no



contento con tratarme como a un besugo, el tío tuvo la cara dura de encargarme el envío de un **paquete confidencial** para la Reina. Por supuesto, dicho paquete no venía sellado, así que parecía evidente cuál iba a ser mi primera misión al servicio de Su Majestad.

- Amanda

Regresando hacia la tienda, me topé con la moza rubia del probador (esta vez vestida de los pies a la cabeza, muy a mi pesar). No pude resistirme y decidí averiguar qué hacía en Ciudad del Cabo y hacia dónde se dirigía. Increíblemente, su destino era el mismo que el mío: la isla de Tooth. Para demostrarme que esa casualidad era cierta, Amanda (pues así se llamaba la chica) me hizo entrega de la **invitación** que había recibido para viajar a la isla.

- El capitán Cookster

A unos pasos de Amanda, conocí a un pobre diablo que no dejaba de pedir limosnas a voz en grito. Tras escuchar su triste historia, decidí regalarle la **tabla de madera podrida** que había arrancado minutos antes de mi querida goleta. Agradecido y emocionado ante mi gesto, el capitán Cookster me obsequió con una **pipa** que cogí gustoso ante la posibilidad de hacerme el interesante con Amanda.





- Rebajas en el bazar

Cuando por fin llegué a la tienda, el amable dependiente me informó de que allí no vendían sellos. Sin embargo, ya que pasaba por ahí con los bolsillos llenos, decidí adquirir algunas de las baratijas para aventureros que me ofreció el vendedor. Curiosamente, había cuatro objetos en oferta, a 10 chelines cada uno:

- Unas magníficas **tijeras** de acero templado
- Un **mechero** duradero, apto para cualquier clima
- Una pizca del mejor **lubricante** concentrado
- Una precisa **brújula** de bolsillo



Como yo sólo disponía de 30 chelines, tuve que elegir tres de aquellos "increíbles" productos y, a juzgar por la pinta que tenían, lo mismo daba uno u otro... Tras adquirir las **tijeras**, el **mechero** y el **lubricante**, volví a mi estado habitual: es decir, la pobreza más absoluta.

- ¿De dónde saco yo un sello?

No sólo me había quedado sin dinero, no. Además, no tenía ni idea de dónde conseguir un sello... hasta que recordé que la invitación de Amanda venía franqueada. Sólo necesitaba encontrar la forma de arrancar el timbre de aquella carta. Tal vez, si humedecía el sello, él solito se desprendería del sobre. Sin embargo, para llevar semejante operación a cabo, precisaba de un recipiente lleno de agua.



- Hurgando en la trastienda

Con esta idea en mente salí de la tienda. Miré a mi alrededor y decidí trepar por las cajas apiladas a la derecha de la puerta del bazar. Una vez en la cornisa, caminé hacia la izquierda hasta alcanzar el pequeño patio trasero de la trastienda. Con la elegancia de un gato callejero, descendí hasta varias cajas de madera situadas frente a una ventana.



¡Y ahí estaba la respuesta a mis plegarias! Un maravilloso **cuenco azul**... lamentablemente custodiado por un enjambre de abejas. Pero yo soy un tipo ingenioso, y pensé "seguro que a estas abejitas no les gusta nada el humo". ¡Claro! Haciendo uso de la **pipa** que me había regalado el capitán Cookster, conseguí espantar a las abejas y hacerme con el cuenco.



Por mera curiosidad, decidí bajar de aquellas cajas para echar un vistazo a la trastienda. Enseguida me hice con **tres latas de té** vacías, pero, pensándolo bien, ¿para qué quería yo cargar con tanto trasto inservible? Haciendo gala de mi oculto talento artístico, construí una bonita pirámide de latas colocando bote sobre bote.



- El bote salvavidas

Pero, volviendo a mi plan "desprendesellos": ya tenía un recipiente, así que sólo me faltaba llenarlo de agua. Rauda y veloz, me dirigí hacia la Princesa Encantada. Al acercarme, reparé por primera vez en un **bote de remos** situado a escasos metros de mi goleta. Dispuesto a aprovechar la ocasión, llené el **cuenco azul** con el **agua** que se estaba filtrando en la pequeña embarcación.



Acto seguido, sumergí la **invitación de Amanda** en el cuenco con agua y... ¡bingo! Por fin tenía un **sello** para enviar el paquete del agente Montgomery. Tras pegarlo en el paquetito, fui directo al bazar, donde pude cumplir el encargo del agente gracias al buzón situado a la derecha del mostrador.

- El comité de empresa



Bien, ya sólo me quedaba encontrar a ese par de gandules que se hacían llamar "marineros" y avisar al agente de nuestra inminente partida. Buscando por el puerto, encontré a Eric y a Lawrence en un extremo del muelle situado a la derecha del bazar. Tras convencerles de que disponíamos al fin de un

equipamiento adecuado para la navegación (no olvidemos los tres utilísimos objetos que acababa de comprar), mi tripulación se dirigió hacia el barco dispuesta (¡por fin!) a trabajar.



Poco después, zarpamos de Ciudad del Cabo rumbo a la isla de Tooth. Curiosamente, iniciaba el viaje con el cargamento más peculiar de toda mi vida: un extravagante agente secreto, una rubia de armas tomar y un par de chantajistas con resaca de ron...

Ay, Jack, ¿cuándo aprenderás a no meterte en líos?

